

Luján Párez ante la encrucijada de la restauración de la iglesia de Teror

miércoles, 20 de mayo de 2015

Modificado el miércoles, 20 de mayo de 2015

Luján

Párez ante la encrucijada de la restauración de la iglesia de Teror

Julio Sánchez Rodríguez
Sacerdote y escritor

Luján

Párez es conocido, sobre todo, por su obra escultórica. Pero también ejerció la arquitectura. A la muerte de Diego Nicolás Eduardo en 1898, el obispo Verdugo y el cabildo catedralicio encargaron a Luján la dirección de las obras de la finalización de la catedral de Santa Ana.

Luján

Párez ante la encrucijada de la restauración de la iglesia de Teror

Julio Sánchez Rodríguez
Sacerdote y escritor

Luján

Párez es conocido, sobre todo, por su obra escultórica. Pero también ejerció la arquitectura. A la muerte de Diego Nicolás Eduardo en 1898, el obispo Verdugo y el cabildo catedralicio encargaron a Luján la dirección de las obras de la finalización de la catedral de Santa Ana. También contó con él para que hiciese un informe sobre el estado ruinoso de la iglesia de Nuestra Señora del Pino de Teror. El obispo Antonio Tavira, en su visita a Teror en agosto de 1793, ya había alertado de aquella situación. Escribió el prelado: «Nos ha causado la mayor pena que una iglesia acabada de fabricar a tanta costa y que su disposición, regularidad y decencia es tan recomendable, se halle expuesta a una ruina sin que pasen muchos años...» Verdugo se propuso encontrar una solución definitiva, acudiendo a maestros, arquitectos e ingenieros para que informasen de su estado y remedio. Para esta tarea fueron llamados Luján Párez, en calidad de arquitecto en ejercicio, el maestro de carpintería Antonio Juan Cabral y el maestro albañil Agustín Martín. Estos

tres presentaron sus informes en 1801. Luego, el obispo acudió al ingeniero tinerfeño Gonzalo Lorenzo Cáceres que presentó su estudio en agosto de 1803 y un proyecto de reconstrucción de elevado coste. Todos coincidieron en que el estado del templo era ruinoso y aconsejaron cerrar temporalmente el recinto hasta que se restaurase totalmente o se demoliese. Incluso, el ingeniero Cáceres aconsejó como solución más económica y duradera, derribar el edificio y construirlo en otro solar donde la tierra fuese firme y sólida, sin infiltraciones de agua ni humedades. Se propuso trasladar la iglesia a San Matías, iniciativa apoyada por el mayordomo principal don Antonio María de Lugo, prebendado de la catedral, y por el mayordomo segundo el terorense Carlos María de Quintana.

Luján

Párez no llegó tan lejos, pero sí fue muy claro al afirmar que el edificio «no alcanza ningún remedio». Transcribo algunos de los párrafos más interesantes del informe de Luján: «Reconocidos los basamentos de todas sus columnas asentadas como arrimadas se

not³ que todas aquellas arrimadas al testero que miran al barranco empiezan a bajar de nivel en la capilla colateral del crucero la cantidad de dos pulgadas, y corriendo por este testero hasta la puerta del baptisterio se va aumentando la ca³da en cada una de las bases hasta llegar a cuatro pulgadas en la puerta referida... En algunas de las juntas se ven las claves algo flojas y desencajadas de su sitio sostenidas al presente a fuerza de cu³ta y pellas de cal como se ve en la puerta mayor en que no s³lo la clave sino otros muchos cantos que est³n junto a ella, padecieron este detrimento y han sido vueltos a su lugar asegurados de esta suerte para evitar la ruina de este cerrado, cuyo remedio a mi juicio es muy pasajero y de poca duraci³n... Se ha visto lo mismo en la puerta que est³ junto a la torre que a pesar de las diligencias que de este modo se practicaron para asegurar su adintelado que amenazaba ruina, se vieron a tierra dos cantos de su capialzado siendo como prodigio no haberse venido todo el cerrado... Todos los arcos de este edificio se ven al presente bien asegurados sin manifestar aun la menor flaqueza, a excepci³n de los dos que cruzan la nave mayor y sostienen parte de la media naranja, aunque estos solos bastan para amenazar la ruina del templo. El que mira a la puerta mayor de donde est³ pendiente la l³mpara se ve sostenido como por milagro... Las maderas de los techos que al parecer cubren una nueva y segura faz se hallan en su lugar mantenidas como por milagro...â€•

Concluye

Luj³n con este pesimista juicio: â€œTodos estos da³os que advierto no quiere decir que carezcan enteramente de remedio, pero el ^onico que yo contemplo, despu³s de ser muy costoso, no puedo decir que durara m³is de lo que ha durado la obra, porque no alcanzo ning³n remedio contra la insubsistencia del piso que es el origen de la ruina principalmente siendo m³is fuertes sus impulsos de tres a³os a esta parteâ€•.

Ante

el peligro de ruina y derrumbamiento de parte del templo, para evitar desgracias personales, en agosto de 1801 se decide acondicionar la sala de la Cilla de la Casa de la Diputaci³n para dedicarla al culto temporalmente.

Esta

obra se encarg³ a Luj³n P³rez. Faltaba solo un mes para la celebraci³n, el 8 de septiembre, de la festividad de Nuestra Se³ora del Pino. Luj³n escribi³ al arcediano don Luis de la Encina exponi³ndole lo siguiente: â€œTeror, agosto 2 de 1801. Muy sr. m³-o: Si del todo debe estar concluida la sala destinada para parroquia el d³a 8 de septiembre me parece indispensable echar mano de las losetas de la iglesia para acabar el piso, pues dudo que los canteros de Arucas a quienes est³n encargados 200 y m³is varas de ellas, puedan dar cumplimiento con tan poco tiempo, pero si para hacer este d³a la funci³n con m³is comodidad quisieren que sea en la iglesia, para que est³n libres de todo recelo convendr³a poner en el arco mayor una cimbre en conformidad, que su armaz³n no incomodara; y puesto que ello se ha de poner para la composici³n, ya estaba eso andando...â€• Por esta ^oltima frase deducimos que, a pesar de todo, Luj³n no descartaba la reconstrucci³n de la iglesia.

En

enero de 1803 ya estaba terminada el adecentamiento de la sala. El obispo Verdugo orden³ cerrar el templo y trasladar el Sant³simo y la imagen de Nuestra Se³ora del Pino a dicha sala capilla. Pero las obras de reconstrucci³n del templo no se iniciaron. El descontento del pueblo se acrecentaba por d³as y pronto los acontecimientos m³is lamentables e inesperados se precipitaron.

En

1805 se conoci³ el proyecto de construir un nuevo templo en San Mat³as, lejos del lugar donde hab³a estado el pino sagrado de la aparici³n de la Virgen. En julio de 1808 la imagen de la Virgen fue trasladada a la catedral para impetrar rogativas por el rey Fernando VII, retenido en Burdeos por los franceses. Pero la estancia en Las

Palmas se prolongó más de lo debido. Llegó el 8 de septiembre, festividad de la Patrona, y continuaba su imagen en la ciudad.

El

pueblo de Teror fue un clamor exigiendo el regreso de la sagrada imagen, que por fin se hizo el 27 de septiembre. No se calmaron las protestas. Todo lo contrario. Se exigió el comienzo inmediato de las obras de reconstrucción del templo. Las manifestaciones y tumultos se sucedieron, participando también destacados vecinos de Valleseco.

El

párroco, don Juan Gabriel González, amenazado, tuvo que abandonar el pueblo. Se produjo luego

la intervención de cinco divisiones de las milicias, la detención

de los principales cabecillas del motín y la restitución del

párroco a su iglesia. Finalmente, se llegó a un acuerdo pacífico,

gracias a la resolución de la Audiencia, que el 13 de julio de 1809

ordenó que se ejecutase la reedificación de la iglesia de Teror.

Verdugo rectificó y ordenó el comienzo de las obras. Estas obras

duraron solo siete meses, entre marzo y octubre de 1810. La

reconciliación del obispo y el pueblo se hizo patente al año

siguiente. La Virgen bajó nuevamente a Las Palmas el 24 de agosto de

1811 en rogativas por la fiebre amarilla y en acción de gracias por

las victorias del ejército español contra los invasores franceses.

El día 28 Verdugo acudió a la villa mariana e hizo el traslado

solemne del Santísimo al templo reconstruido. La imagen regresó a

su altar el 12 de marzo de 1812, una vez desaparecida la fiebre

amarilla y el peligro de contagio.

Comenta

don Antonio Rumeu de Armas que «el santuario de Teror está en pie

por la fe y la sublime tozudez de sus moradores. Y se yergue altivo

sobre el pino sagrado. Ni más acá ni más allá». A veces, las

decisiones de los gobernantes, de los sabios y de los profesionales

chocan frontalmente con los sentimientos de los pueblos, contra «las

razones» del corazón.

Publicado

en La Provincia,

el martes 19 de mayo de 2015